

Belén napolitano

Anónimo

Época: siglo XVIII

Técnica: modelado en arcilla

IN.2005/007/0001-2005/007/0065





Este variopinto y sugestivo conjunto escultórico, de autor anónimo, fue adquirido por el Museo de Historia de Madrid en el año 2004, mediante compra, en la Sala Retiro de Madrid. Está integrado por 51 figuras humanas, con alturas que oscilan entre los 36 y 11 centímetros que miden las más pequeñas de ellas como el Niño Jesús y algunos ángeles; 15 centímetros los animales y entre 7 y 3 centímetros los elementos decorativos (cestillos, jaulas, alimentos, etc.). Además, cuenta con un número importante de accesorios que animan y dotan de mayor realismo a las escenas.

IN.2005/007/0001-2005/007/0065

Origen y desarrollo

Aunque tradicionalmente se considera que fue Carlos III quien introdujo la tradición del belén en nuestro país, lo cierto es que ya existían belenes españoles y napolitanos antes de la llegada del monarca. El más antiguo de estos últimos es el de Palma de Mallorca, del siglo XV, conocido como **Belén de Jesús**, atribuido a la familia residente en Nápoles de los Alamanno. También en el monasterio de las Madres Clarisas de Monforte de Lemos se conserva otro belén del siglo XVII que pudo ser donado por el conde Lemos, virrey de Nápoles, siguiendo la costumbre de otros virreyes españoles que solían regalar a sus herederos o a los monasterios belenes encargados durante su mandato en la ciudad napolitana. El mismo rey, Felipe V, también recibió uno de estos regalos para el Palacio del Buen Retiro.

Fueron las familias de la aristocracia napolitana las primeras en poseer estos montajes navideños que abandonarían las iglesias para pasar a las casas nobiliarias donde contribuirían a la ostentación de sus dueños. Tras el virreinato, con la llegada de la monarquía a Nápoles desde el siglo XVIII, los reyes y la burguesía se convirtieron también en poseedores de estos belenes que solían ser visitados por ilustres invitados.

Durante su reinado en Nápoles, el rey **Carlos III**, mostró una especial sensibilidad artística por ellos - llegando a participar en alguna ocasión en su diseño y elaboración en la fábrica de Capodimonte-, lo que contribuyó a que componer un belén fuera una forma de ocio y una práctica de coleccionismo



entre las élites napolitanas. Y así, como diversión elegante, llegará a España, al incluir el monarca en su equipaje grupos de figuras que hizo colocar en sus palacios, a las que se añadirían otras que encargaba a los artesanos napolitanos y, con el tiempo, también a los españoles. El conocido “Belén del Príncipe” para el futuro rey Carlos IV o el destinado al infante don Gabriel fueron dos de los más apreciados en palacio.



Tradicionalmente, los belenes habían tenido como único protagonista el misterio y apenas alguna figura más, atendiendo a lo emocional y lo sagrado. Pero con Carlos III, el nacimiento o **pesepre** experimenta una notable evolución y el discurso de la Natividad de Jesús y su adoración pasa a narrarse en un escenario teatral, efectista y bullicioso, donde la escena del nacimiento queda relegada en la atención del espectador por otras en las que se muestra la vida social de un día cualquiera en la ciudad de Nápoles en el siglo XVIII.

Nápoles

La Paz de Viena (1738) hizo que Nápoles y Sicilia quedasen bajo el dominio de los Borbones con la llegada de Carlos III, que desarrolló una política de



modernos planes comerciales, urbanísticos, culturales y de transformación social, asistiendo también a un florecimiento de las artes. Contaba Nápoles con un **gran mercado regional**, múltiples actividades artesanas, cantinas y numerosos establecimientos comerciales, lo que generaba un ir y venir constante de mercancías, vendedores, compradores, ciudadanos autóctonos y extranjeros. Y es en esa ciudad viva donde se ambientan los belenes napolitanos; un lugar **anacrónico** para el nacimiento de Jesús, donde Palestina se ha convertido en una villa mediterránea al sur de Italia.

El montaje escenográfico del belén de Museo de Historia

La variedad de escenas costumbristas que configuran gran parte del espacio escenográfico de esta tipología de belenes requiere de la participación de montadores y decoradores especializados que dispongan las figuras y los elementos decorativos con **ritmo y unidad secuencial** hasta configurar el escenario único y completo del belén (figura 1).



Figura 1

Para la exposición de las figuras que componen el nuestro se utiliza una escenografía construida ad hoc, en tres piezas, cuyas medidas son, aproximadamente, 1,60 metros (alto) x 2,50 metros (ancho) x 1,15 metros (fondo). Esta escenografía se instala sobre una superficie escalonada, por lo que cada hay que construir bancadas de madera en dos niveles para su apoyo. Todo



el conjunto se protege con una “caja” de madera de medidas algo más grandes que las de la escenografía y presenta en su parte frontal un vidrio de seguridad que protege el belén, funcionando como un escaparate para su visión. La caja contenedora tiene en uno de sus laterales una puerta de acceso al interior para manipular la iluminación que utiliza varias lámparas que inciden sobre las figuras y otras sobre el conjunto. La parte superior de la caja se cubre con una tela negra. Una vez montadas las tres piezas de la escenografía y realizado el hueco donde se instalará el cristal de seguridad, se colocan las figuras, se recubre el suelo de arena y se montan telas interiores a modo de cortinajes.

Si bien nuestro montaje, como es lo más habitual, es en horizontal con atención a la perspectiva y a la escala de las figuras, es también frecuente que fuera en vertical, imitando la singular orografía de Nápoles con colinas dispuestas en terrazas. Aquí, las figuras se han colocado estratégicamente por tamaños, acercando las más grandes y alejando las más pequeñas para conseguir la sensación de lejanía y espacio.

Los actores

Quizá, la característica más definidora del belén napolitano es la fusión anacrónica de la evocación del Nacimiento de Jesús con la descripción naturalista de los usos y costumbres del pueblo napolitano. Así, siguiendo el ejemplo de la escultura barroca naturalista del siglo XVII, las figuras de nuestro belén representan con realismo distintas clases de la sociedad napolitana: ricos nobles y pobres campesinos, burgueses de condición villana, pastores, vendedores ambulantes, músicos y todo el mundo de la corte oriental que compone el séquito de los Reyes Magos.

Aunque la autoría de las piezas de los belenes napolitanos casi nunca aparece expresa, la **calidad escultórica** y la **fuerza expresiva** de los personajes de este singular belén parecen sugerir la mano de artistas de primera categoría como Giuseppe Sanmartino, Francesco Celebrano, Lorenzo Mosca o los hermanos Vasallo. Es tal la fidelidad en la representación realista de los personajes que los autores no dudan en mostrar rostros ajados o incluso muestras de enfermedades como el **bocio** (figura 2).



La apariencia de estar en movimiento se ha conseguido gracias a que las figuras son articuladas, realizadas en su interior con **armazón de alambre** forrado de estopa al que se acopla las extremidades (figura 3); las cabezas, brazos y manos son de barro cocido o a los que se aplica una policromía de gran calidad en las carnaciones. Ser articuladas permite que puedan ser cambiadas de posturas y que se pueda variar el montaje si se desea. Algunas están vestidas con rasos y sedas lujosas adornadas de brocados y diminutas joyas; otras, con paños de lino o algodón, según la clase social que representan.



Figura 3



Tiene una importancia especial la talla de las manos y, sobre todo, los rostros con los que se consigue una rica variedad de expresiones.

La colocación estudiada de estas figuras articuladas es capaz de crear espacios y perspectivas, lo que acentúa la naturalidad del escenario, generando sobre él animados juegos de luces y sombras. Se fijan al suelo con una pequeña punta metálica alojada en la base de los zapatos.

El vestuario y el atrezzo

El despliegue escenográfico de nuestro belén nos pone ante un montaje dinámico, rico en coloridos formas, casi fastuoso, en el que es imprescindible la variedad multicolor de la vestimenta, tanto la realizada en tejidos más sofisticados como sedas, rasos o terciopelos que portan el séquito real o las figuras del misterio, como las de calidades más modestas que portan los pastores y el resto de personajes populares. Las más ricas aparecen adornadas con bordados, finos encajes e incluso joyas y, si bien, no son de época, ya que las telas se estropeaban con mucha facilidad y se han ido cambiando con frecuencia, se ha logrado una fiel recreación de aquellas que se cosían en los monasterios con la participación, en ocasiones, de la reina.

Además de a los personajes, se prestó especial atención a los accesorios cotidianos o **finimenti** que completaban la ambientación. Los animales, los instrumentos musicales, los cestos con huevos, frutas y hortalizas otorgan un encanto evocador a toda la composición. Estos pequeños accesorios están realizados en cera policromada y se encuentran en la tradición de la pintura de bodegón tan extendida en Nápoles y España desde el siglo XVII (figura 4).



Figura 4

Recorrido escenográfico

Si bien la estructura de un belén se conforma en torno al pesebre y la adoración de los pastores, en los belenes napolitanos se concede más importancia a lo que ocurre a su alrededor que es la actividad cotidiana de la gente un día de mercado, escena secundaria en otra tipología de belenes y que aquí quedaría justificada por ser del gusto de la aristocracia contemplar unos ambientes por los que nunca paseaba.

Así, podemos ver cómo el **pesebre** ha pasado ahora al extremo izquierdo del escenario, si bien, el humilde estable franciscano se ha transformado en una arquitectura clásica en ruinas parecida a las descubiertas en Herculano poco antes de la llegada de Carlos III a España, más acorde con la teatralidad del resto del belén. Las tres figuras de la Sagrada Familia son de gran belleza y siguen los cánones estilísticos de Giuseppe Sanmartino, maestro de la manufactura real de Capodimonte y el más famoso imaginero napolitano del siglo XVIII, conocido como el “Donatello de los pastores”. La Virgen acuna con delicadeza al Niño, vestida con una elegante túnica rosa y manto, mientras San José, de edad avanzada, porta la vara florida en actitud contemplativa. En segundo plano, presentados solo con sus cabezas realizadas en terracota, el buey y la mula, humildes testigos del nacimiento. Alrededor, la corte celestial



de ángeles, pequeños **putti** que simbolizan el coro celestial, adoran al Niño y cierran el único espacio de intimidad en este escenario; están realizadas en terracota policromada y con gran naturalismo en las carnaciones y cabellos esculpidos a modo de trépano. Quizá son las figuras más barrocas y originales del conjunto, de un tratamiento más escultórico.

La **comitiva de los Magos** se acerca al portal, postrándose ante el recién nacido el primero de los reyes y en actitud de sumisión los otros dos que se acercan. Todos van a pie, aunque era frecuente en estos belenes que llegaran en cabalgaduras ricamente enjaezadas y acompañados de un séquito de pajes exóticos. Reyes y cortejo llevan magníficas vestiduras como abrigos de seda bordada con galones dorados y plateados, chalecos y pantalones bombachos de seda, turbantes y tocados con perlas. Uno de los personajes lleva un **perro** de color castaño, muy habitual en estos cortejos.

Los grupos de **campesinos** presentan tipologías variadas. Los hay ricos y también de condición más humilde. Una de las campesinas ricas lleva un traje con una primorosa camisa de encaje blanco (figura 5), corpiño de raso, delantal y falda de seda bordada; sus rasgos más individualizados que los del resto de sus compañeras, hacen pensar que se pudiera tratar del retrato de un personaje real, lo que era práctica habitual en los círculos cortesanos de Nápoles; la finura en el tratamiento del rostro y el modelado de las manos recuerdan a Angelo Viva, discípulo de Sanmartino del que toma su delicadeza y clasicismo. Otra campesina rica tiene rasgos caricaturescos que la acercan al círculo de Lorenzo Mosca, quizá el más expresivo de los escultores napolitanos especializados en figuras de belén. Pero es, sin duda, la más significativa de todas las campesinas sea la que viste indumentaria de vivos colores con camisa fruncida, corpiño amarillo de raso con hilos plateados, casaca en raso azul, delantal en raso verde sobre falda de seda roja; los pendientes de coral son auténticos. Probablemente, es la figura más rica de todo el belén, muy cercana a la calidad artística de Lorenzo Mosca, destacando la expresividad de la fisonomía (figura 6).



Figura 5



Figura 6

En el grupo de tres campesinos ricos, ataviados con casacas de lana o raso, calzones y camisas de tela blanca, destacan sus rasgos de gran realismo, especialmente el que lleva chaleco de raso blanco con botones, que pudo ser realizado por Francesco Celebrano, escultor y pintor napolitano, creador de personajes dotados de gran fuerza expresiva.

Hay varios campesinos de menor tamaño, que ocupan los segundos planos y llevan indumentarias sencillas como zamarras y calzones de lana (figura 7).

Sin duda, de todos los campesinos quizá el que llama más la atención sea el que está dormido que sorprende por su originalidad y por ser poco habitual en los conjuntos napolitanos.



Figura 7



Tras el éxito espectacular de los belenes napolitanos, a finales del siglo XVIII comenzó su decadencia artística, aunque aún en el siglo XIX hubo imagineros que mantuvieron viva la noble tradición. En la actualidad, como los palacios que abrían sus puertas para ser contemplados, los museos cumplen la función de mostrar este legado cultural y artístico tan entrañable y esperado por los visitantes cada año en la celebración de la Navidad.